

Alocución del Dr. Manuel Pesqueira, Académico numerario, en la ceremonia de recepción del Dr. Aquilino Villanueva como Miembro Honorario de la corporación el día 19 de abril de 1967.

Sr. Dr. D. Aquilino Villanueva,
Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Señores médicos,
Señores Académicos,

EL QUE LA MESA Directiva de esta Honorable Academia me haya conferido el honor de ser su portavoz para rendir un homenaje al ilustre Académico don Aquilino Villanueva, me conmueve y me complace, porque atreviéndome a abandonar por momentos el austero camino señalado para ocasiones como ésta y añadiendo a mi calidad de académico mi condición de discípulo y amigo, me dejaré hablar no sólo en nombre de ella, sino también en el de los que como yo han estado a su lado y me permitirá ofrecerle en lo personal un tributo de admiración y cariño.

Hablar de Aquilino Villanueva, es fácil tarea. La única dificultad, si no se dispone, como ahora sucede, de todo el tiempo necesario, estriba en escoger lo mejor de una vida tan llena; llena de obras que salieron todas de sus manos, útiles, sólidas y exentas de oropel.

Apenas se vio dueño de su título de médico, entró en una actividad febril, nunca desmentida hasta ahora, cuando ya se acerca al medio siglo de vida pro-

fesional y a pesar de haber tenido grandes penas que soportar y de "haberle tocado, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir".

Desde el principio de su carrera, desdeñando la comodidad egoísta que hubiera podido conseguir fácilmente con el trabajo rutinario de la clientela privada, buscó los caminos de la superación intelectual y la mejor forma de alcanzar el mayor afán de su vida: Dar.

Contra todos los obstáculos que levantaban la incompreensión y el conformismo, sintiendo que "la mayor culpa es la inacción", logró hace ya 42 años, organizar el Servicio que entonces se llamó de Vías Urinarias Altas, cimiento de la Urología Mexicana.

En él, la Urología que hasta entonces no había sido en México sino una serie de pequeñas técnicas dispersas, tomó cuerpo y se hizo especialidad; no la que consiste en el frío desarrollo de la técnica, sino aquella a la que se le infunde un alma, la que exige que se vaya hasta el fondo del problema y que está destinada a ponerse al servicio del hombre, sin lo cual toda actividad es vana.

Para lograr esto, Villanueva, cosa insólita en esa época fundó en su mismo servicio, que en esos tiempos apenas iniciaba su marcha siempre ascendente, el

primer laboratorio de Pruebas Funcionales, hasta entonces desconocidas o despreciadas en el Hospital.

Paso decisivo fue este en el ejercicio humanista de la cirugía, al dar un apoyo firme al criterio de operabilidad, anteriormente un tanto subjetivo y al proporcionar un arma más al diagnóstico fisiopatológico.

Para afirmar este camino del conocimiento, a instancias de Villanueva fue creada en la Facultad de Medicina la cátedra de cuidados pro y post-operatorios de la que fue el primer titular y en la que se enseñaba, al fin, que una intervención quirúrgica no es un simple acto de malabarismo, sino un proceso en que debían tomar parte el conocimiento, la inteligencia y el corazón.

Sobre estas bases y con este impulso sólo una obra grande podía esperarse. Y una obra grande ha sido ese Servicio de Urología que Villanueva levantó como se levantan todas las grandes obras, "estando entre los hombres, no encima de ellos".

En él y en medio de una franca camaradería, se formaron la mayor parte de los urólogos de esa época que debe considerarse como la del surgimiento de la Urología en México, los que a su vez, junto con Villanueva, adiestraron a muchos de los que actualmente diseminados en todos los rincones del país ejercen y enseñan la especialidad.

Ahí también brotó la idea de fundar la Sociedad Mexicana de Urología, de la que no hubiera podido dejar de ser el primer Presidente, y que nacida hace 30 años con unos cuantos fundadores, constituye ahora una gran

familia de más de 200 miembros, en la que, como la pequeña que le dio vida, reina la fraternidad, la honestidad y la sana alegría. Año por año este vasto conglomerado de hermanos en el afecto y por la ciencia, se reúnen en Congresos de los que está por celebrarse el XVIII, a los que acude de todo el mundo un número cada vez mayor de personalidades científicas, y en los que cada uno consigue, no sólo elevarse por el saber, sino engrandecerse por el afecto de una antigua amistad que se refuerza o el de una nueva que se crea.

Algo más le debe aún la Urología a Aquilino Villanueva, tan importante como el resto. Inconforme como siempre, no quiso limitar la enseñanza al pequeño grupo que lo rodeaba. Consciente de que el estudiante de medicina, al egresar de la Escuela, poco o nada sabía de una especialidad que tanto dolor puede combatir, rompiendo barreras como lo había hecho tantas veces, logró que se fundara la Cátedra de Urología en la Facultad de Medicina. Gracias a ella el estudiante pudo adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente una parte de la noble tarea que le estaría más tarde encomendada, conocimientos que ya médico, podría profundizar en los Cursos de Post Graduados que él también y por primera vez organizó y que siguen atrayendo a grupos importantes de profesionales ansiosos de superarse.

Nada de lo que es Urología en México deja de tener aunque sea una huella del pensamiento de Aquilino Villanueva. Pero una inquietud y un

corazón tan grandes no pueden conformarse con un sólo campo de acción. Tendrán que manifestarse en cualquier ocasión y en cualquier lugar en que se encuentren. Así, cuando muy joven todavía fue nombrado Jefe del entonces Departamento de Salubridad, en vez de arredrarse ante el inmenso campo desolado que tenía a la vista y que hubiera paralizado a un corazón menos intrépido, lleno de la fe que siempre ha tenido en el hombre, puso al servicio del país todo el entusiasmo de su juventud y todos los arrestos de su voluntad de servir. En sólo un año que duró su gestión, fundó la Asociación de Protección a la Infancia, gérmen de ese Instituto Nacional que hoy alivia tantas penas y yugula tantas hambres; creó los Dispensarios Antituberculosos, base de toda la lucha Antituberculosa que se desarrolla actualmente, y, obra fundamental para la sanidad de México, creó los Servicios Coordinados de Salubridad para articular, como hasta la fecha lo hacen, los Servicios Sanitarios de los Estados con los del Centro.

Así también cuando años más tarde se le lleva a la Dirección del Hospital General deja en él algo fundamental para la atención del enfermo: Las Residencias.

Toda esta vasta obra no es, sin embargo, sólo producto de arrestos juveniles, o si éstos son necesarios para ennoblecer y mejorar la vida, para producir y servir al hombre, es que Villanueva lleva en el corazón una eterna juventud. Hace apenas unos años el voto de los miembros de esta Academia

lo llevó a la Presidencia de la misma. Aquí otra vez sólo contaba con un año para dejar la huella que ha dejado en todos los caminos que ha recorrido y la dejó profunda al organizar las Jornadas Médicas que desde entonces derraman por toda nuestra tierra los conocimientos antes enclaustrados entre estas cuatro paredes.

En esta larga pero simple enumeración de las obras del que ahora recibe este homenaje, mucho seguramente ha dejado de mencionarse. Nada, sin embargo, sufrirá la figura de Aquilino Villanueva por estas omisiones, porque por encima y como causa de toda su obra estará siempre su condición de hombre al servicio del hombre.

Mucho le debe la Academia Nacional de Medicina, casi todo le debe la Urología Mexicana; agradezcamos pues a la Mesa Directiva que precedió a la actual el que en un acto de justicia lo haya propuesto para ocupar en la Academia un sitio de honor. El nombramiento de Miembro Honorario de esta Corporación ha de llenarlo justificadamente de satisfacción. A ésta, sin embargo, habrá de agregar una más, la mayor que un hombre pueda ambicionar: si alguna misión trae el hombre a este mundo, Aquilino Villanueva, al final de una carrera que en bien de todos esperamos todavía larga, después de haber dado todo lo que tenía a sus amigos y a sus discípulos, a su mujer y a sus hijos, recibirá su mayor recompensa cuando una voz en su interior le diga: *has cumplido*.

Palabras de agradecimiento del Dr. Aquilino Villanueva con motivo de su recepción como Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina, pronunciadas en la sesión del día 19 de abril de 1967.

Señor Presidente de la Academia
Nacional de Medicina,
Honorables miembros del Presidium,
Señores académicos,
Señoras y señores:

ANTE TODO, quiero manifestar al señor Dr. Rafael Carral, distinguido Académico y actualmente Presidente de nuestra corporación, lo mismo que a la Mesa Directiva, mi agradecimiento por haber organizado esta ceremonia, que indudablemente se grabará en mi memoria, como uno de los momentos más solemnes y emotivos de mi vida profesional.

También mi gratitud para el Dr. Castelazo Ayala y a la Mesa Directiva, que dirigieron las actividades de la Academia el año pasado en una forma fructífera y con brillantez. Mi agradecimiento para ellos, quienes propusieron mi designación como miembro honorario y que más tarde fue aceptada por mis queridos compañeros, para quienes también van dirigidas estas palabras de mi reconocimiento, por esta honrosísima distinción.

Mis actividades en el seno de la Academia, se iniciaron en el año de 1926, en el que fuimos recibidos un grupo de compañeros, la mayor parte jóvenes, quienes tuvimos el privilegio de ser in-

vitados para cubrir un aumento de las secciones que con motivo de la fragmentación de la Medicina en numerosas especialidades y también al impulso que sufrieron otras ramas de la Medicina. El Presidente de la Academia en aquellos tiempos era el Dr. Everardo Landa, cooperando al lado de él distinguidos profesores como Ulises Valdés, Rafael Silva, Tapia Fernández, Gonzalo Castañeda, Alfonso Pruneda, Genaro Escalona, Ricardo Manuel, Díaz Lombardo, Castillo Nájera y Rivero Borrell quienes aprobaron nuestro ingreso. Al entrar en esas condiciones, fue para mí una doble satisfacción; por una parte el de realizar una de las aspiraciones más anheladas, el de pertenecer a esta docta corporación y que mi ingreso a la Academia, hubiese sido apoyado por mis antiguos profesores.

Fue para mí una gran satisfacción, la designación que hizo la Academia, para que mi querido y antiguo colaborador Dr. Manuel Pesqueira, pronunciara algunas palabras, en esta ceremonia, ya que él no fue un simple testigo, sino uno de los actores más destacados en la obra que iniciamos, al crear el primer Servicio de Urología y Nefrología en el Hospital General y de la que me referiré en seguida. Mi reconocimiento por aquella labor y por sus

generosas y sentidas frases, que por proceder de él, me llenan de satisfacción y gratitud.

También mi agradecimiento, para aquellos con quienes inicié la organización del Servicio de Vías Urinarias Superiores, en el pabellón 6 del Hospital General, en el año de 1924, quienes me ayudaron con su entusiasmo, sus conocimientos y energías para establecer el Servicio de Nefrología y Urología a que me referí en el párrafo anterior y que más tarde se convirtió por necesidades del Hospital en uno de Urología Médicoquirúrgica. Me referiré especialmente a aquellos colaboradores, que nos ofrecieron una cooperación eficiente y prolongada; señalaré en primer término al Dr. Gustavo Argil, Manuel Pesqueira, García Téllez, Salvador Alvarado, Manuel Lezama, Lara Rivas, y más tarde se unieron los doctores Alberto Guevara Rojas, Quevedo Mendizábal, Arce Gómez, Gendrán Posadas, Javier Lomelín, López Engelking, Salvador Salinas, Francisco Durazo, Pedro Medina, Manuel Ballesteros, Moisés Lisker, Aniceto Orantes, Jaime Wollrich, J. Maldonado, Juan José Paullada, Castañeda Villa, Ignacio Purpon, Dra. Maldonado, Jorge Elías, Humberto García, David Jiménez, Xavier Ibarra, Edmundo Alpuche, Federico Ortiz, García Irigollen, Manuel Hernández, Mario Sopena, Jesús Aranalde, Jorge Alegre, Adán Flores Rico, Rafael Sandoval y quizá otros más que en estos momentos se ascanpan a mi memoria; algunos de estos distinguidos colaboradores, pertenecen desde hace algunos años a la Academia de Me-

dicina. Todos ellos fueron factores decisivos en la labor asistencial, abordaron con entusiasmo la docencia y cooperación con magníficos trabajos de investigación científica. Considero como un gran honor y satisfacción el haber dirigido durante más de 30 años, este centro de trabajo que ha ido proporcionando los urólogos que nuestro país necesita y que por centenares pueden contarse los jóvenes médicos que han tomado los cursos de actualización y por millares los estudiantes de medicina, que han recibido la clase de Urología de la Facultad de Medicina. Mi modesta contribución de trabajos científicos que he presentado a esta docta corporación, los he realizado en esta Unidad de Urología, a la que le consagré gran parte de mi vida profesional.

Durante los últimos 50 años, ha habido una transformación de la Medicina Nacional y que pudiéramos señalar como uno de los hechos más notables, la erradicación de las grandes epidemias que azotaron nuestro país como la Fiebre Amarilla, el Tifo, la Viruela y el, casi exterminado, Paludismo, y la Poliomielitis, así como una disminución muy importante de la mortalidad infantil, que ha aumentado considerablemente el índice demográfico en nuestra nación. Estos problemas fueron, muchos de ellos, discutidos y proyectadas las campañas sanitarias en el seno de nuestra querida Academia; nuestra corporación ha aumentado los sillones para dar cabida, particularmente a aquellos que están dedicados al estudio de los problemas sanitarios.

También por la influencia y las ac-

tividades de nuestros académicos, se han construido numerosos hospitales con equipos modernos y nuevas orientaciones, que puede decirse, que callada y silenciosamente se ha provocado una revolución en la organización de estos nuevos hospitales y de ellos señalaremos tres avances importantes como son: la mejoría de la atención médica de los enfermos asilados en los hospitales gubernamentales, con un aumento importante del costo por enfermo; segundo, la iniciación de las carreras hospitalarias con el Internado y la Residencia y, por último, la creación del Centro Médico con institutos y hospitales modernos que son motivo de orgullo nacional; estas instituciones han modificado sus sistemas de trabajo, particularmente el del personal, ya que desarrollan labores de tiempo completo, lo cual ha permitido que el médico de hospital pueda disponer de todo su tiempo para labor asistencial, docente e investigación científica.

Lo que sí constituye un serio problema, es lo que se refiere a la Educación Post-graduada. Los médicos jóvenes que han optado por las carreras hospitalarias, es decir, el Internado y la Residencia, tienen una preparación suficiente que les despierta el interés de continuar estudiando durante todo el tiempo que ejerzan su profesión. Los médicos internos cuando realizan satisfactoriamente el Internado y de preferencia en los hospitales generales, podemos asegurar, que quedan bien preparados para ejercer la Medicina en general. Actualmente los hospitales en México, están reorganizando la Re-

sidencia que les permite a los médicos jóvenes adquirir los conocimientos y la preparación para ejercer una especialidad. Yo creo que antes de 10 años, la mayor parte de los médicos preferirán hacer su especialidad en nuestro país, donde tendrán una preparación adecuada, para sus actividades en el ambiente nacional y evitar que los médicos mexicanos emigren al extranjero, con el pretexto de adquirir una preparación mejor, pero muchos de ellos se quedan definitivamente a ejercer su profesión en otros países, donde seguramente, por el momento, encontrarán recompensas económicas, pero al través de los años lamentarán haber abandonado su país.

Como de la preparación de los médicos depende la salud y la vitalidad de nuestro pueblo, la educación médica de los graduados, constituye un *problema nacional* y por esta razón la Academia Nacional de Medicina sin cambiar de su orientación, de su esencia tradicional y de austeridad, ha decidido tomar parte en esta ardua, pero fecunda labor, de preparar programas armónicos, con los más importantes problemas de la medicina actual, para beneficio del Médico General, que ejerce principalmente en la provincia, donde no se cuenta con los elementos de estudio como en nuestra capital.

Los pueblos, lo mismo que las sociedades y como los individuos, no pueden vivir aisladamente. Para las sociedades científicas sus problemas no solamente son técnicos, sino también sociales. Nuestra respetable Academia en la actual etapa que estamos viviendo, no podría subsistir confinada en su sa-

lón de sesiones; necesita compartir sus conocimientos, mantener un intercambio con los médicos de provincia y del extranjero. La Academia que recibe las informaciones de nuestros investigadores que están trabajando en hospitales modernos, con espléndidos laboratorios, debe de servir de enlace con el Médico General que lucha algunas veces angustiosa y heroicamente a la cabecera de sus enfermos, para salvar una vida que se le ha confiado.

Señores académicos: repito mi gratitud por el honor que se me ha conferido y espero continuar a vuestro lado, para recibir vuestras sabias enseñanzas y cooperar con ustedes de los maravillosos progresos de la Medicina actual y tengo fe y confianza por que la Academia continuará resolviendo los problemas de la salud del pueblo y por que su influencia educacional y cultural, se siga extendiendo a través de toda la nación.